

HACIA UNA HISTORIA DE LA LITERATURA DEL SIGLO XX

Escribe: ESTANISLAO GOSTAUTAS

Son muy pocos los ensayos que se han hecho sobre la literatura del siglo XX, y estos harto incompletos. Casi podría decirse que una época tan floreciente en novela y ensayo permanece más desconocida para el común de los intelectuales como les es conocida (?) la literatura del siglo pasado.

En muchos casos, el desprecio por la cultura del siglo XX y el enaltecimiento de los siglos pasados, proviene de su profundo desconocimiento. Todos saben que existe un Sartre, un Camús, un Huxley, un Graham Green, un Kafka, un Unamuno, un Joyce etc., etc., pero cuántos se toman el trabajo de comprenderlos? de analizarlos? tan siquiera de leerlos?

El criterio, puramente de cafetín y de chismes locales, nada tiene que ver con el análisis honrado y científico que enjuicia los siglos. Se cobija la pereza de enfrentarse a nuestro propio siglo, de arriesgarse por una convicción, con elocuentes ensayos y eruditos catálogos, o simplemente con fáciles comentarios que no comprometen ante nadie.

Y sin embargo, ninguna como la literatura del siglo XX nos revela cuán profunda es la escisión entre el hombre y los hombres y cuán angustioso es el problema que la negación de Dios trae sobre la humanidad.

Ninguna literatura está tan llena de humanidad y de divinidad como la del siglo XX. Su problema máximo (he aquí su gran paradoja en el siglo que se las da de ateo) no es la vida, ni el amor, ni siquiera el hombre. No. Es la obsesión de Dios. La negación o afirmación de Dios en medio del gran silencio de Dios. Por eso, con verdadera avidez y admiración, tomé en mis manos una obra que prometía algunas respuestas a mis propios interrogantes. Una *Literatura del siglo XX y Cristianismo*, escrita por un cura belga, un tomista de Lovaina, un conferencista de Notre Dame, Charles Moeller (Edit. Gredos, Madrid, 1958-1961, cuatro tomos y tres por salir).

Al principio me desilusioné cuando supe que su autor era un cura y tuve miedo a su largo e interminable sermón. Pero cuando leí unos párrafos, tuve que reconocer que se trataba de una obra meticulosa como correspondía a un cura belga y abierta como un espíritu francés.

Charles Moeller no tiene nada de cura mojigato y muchos de sus colegas sentirían no excomulgarlo por verse azuzados en su mediocridad y acusados por su culpabilidad. El, no teme enjuiciar al cristianismo del siglo veinte a la luz de los grandes ateos que con sus obras han demostrado la razón de su ateísmo y de su fe. Que por su afán de encontrar a Dios caiga en lamentables cursillerías de púlpito y de cátedra tomista no es motivo para condenarlo. Si admitimos obras de absurdo o genial ateísmo, por qué no podemos hacerlo con obras que tengan las mismas cualidades de hombres que creen y confiesan a su Dios?

Solamente los ensayos de André Rousseaux pueden compararse con esta obra de literatura y Dios. Confieso que es una obra que siempre he acariciado escribir algún día, para los curas que creen monopolizar a Dios y a los ateos que creen no necesitar de Dios.

La obra está dividida en siete tomos y abarcará unos cuarenta autores. Uno a uno, se llama a los testigos de nuestro tiempo y se desnuda su amor y su dolor, su gloria y su vergüenza hasta en lo más profundo de su ser. Tal vez este sea el aspecto más simpático del autor. Descubrir que el hombre no es un gusano, que el hombre no "es una pasión inútil", que el hombre es grande cuando se arrodilla y cuando abofetea a Dios.

Con una agilidad indiscutible, con un dominio de la obra y de la existencia, con un criterio claro, sincero y con una pasión que apasiona, Charles Moeller reúne a sus hombres y nos habla con sus palabras, nos testimonia con su testimonio. Para él los grandes ateos son grandes y los malos católicos son malos, sin que trate de excusar su grandeza o su maldad. Demuestra la razón o la sin razón de su actitud pero no condena a nadie. Deja que sea Dios la última palabra y pondera al hombre.

Es una obra llena de fe pero razonada. Llena de Dios pero asequible. Llena de amor pero humano. Llena de belleza pero de cuerpos. Llena de esperanza pero sobre la tierra. Es la búsqueda de Dios entre los ateos, entre los malditos del siglo, entre los lacerados por la carne y el espíritu. Es la voz del silencio porque Dios se hace escuchar en el silencio. Nada de sermones anatémicos, nada de reconvencciones a la maldad del hombre, a la carne flagelada, al espíritu zozobranante. Esta actitud me parece genial y que tanto necesita la ortodoxia cristiana. Pide al cristianismo algo mucho más positivo que la adoración insensata o la santidad romántica. No defiende a sus hermanos con demagogia, sino que lamenta que precisamente sean ellos los que escondan a Dios y lo destruyan.

El primer tomo se traduce por "*El Silencio de Dios*". Camus, Gide, A. Huxley, Simone Weil, Graham Green, Julien Green y Bernanos son los testigos de ese silencio de Dios. Los cuatro primeros son ex-cristianos y son ellos los que más atraen nuestra atención. La visión de Camus es maravillosa. Desde las playas sembradas de cuerpos desnudos hasta las olímpicas tierras de William Faulkner, Camus es la "honradez desesperada". Camus ama al hombre y está obsesionado por la humanidad. Camus es el mensaje a la razón, rico en filosofía y política, y por eso, siempre más débil en literatura (y esto que podría ser un escándalo hoy día, la

historia lo confirmará. La Peste, Calígula, El Extranjero, son obras de pesadilla, de fascinación existencialista, de dislocación espiritual y filosófica pero de ninguna manera obras con proyección literaria). Camus trata de ser lo que cree que fueron "...los artistas son los únicos que nunca han hecho mal al mundo... Los genios malos de la Europa de hoy llevan nombres de filósofos: se llaman Hegel, Nietzsche..." y no se da cuenta que toda su obra también lleva el nombre de filosofía. Por eso se desespera y unos días antes del accidente, concibe comenzar una obra que "ni siquiera está comenzada". (Págs. 39 y 109).

Camus busca la dicha. "No hay por qué avergonzarse de ser dichoso" nos dice, pero no quiere una dicha egoísta, personal. El, considera como sus copartidarios de un tiempo, que la dicha personal es culpable y solo la dicha colectiva de todos y para todos puede salvarla.

Para él, la fé es esperanza y nada más ilusorio que la esperanza. Porque la esperanza es cobarde, es consolarse, es resignarse, es no vivir y el hombre, ante todo, tiene que vivir. Por eso no quiere creer en Dios y no quiere esperar en El. Camus cree conocer los efectos de la fe, por lo tanto quiere ignorar la causa de la fe. Su único credo es que "hacer sufrir es la única manera de equivocarse" y por lo tanto de tener razón. ¿Entonces para qué tener razón? ¿Para qué buscar a Dios? "Yo no creo en Dios, es cierto. Pero no soy ateo", nos dice. Para qué creer en Dios si Dios no puede responderme al dolor del inocente?

En *La Peste* plantea uno de los más interesantes problemas de su vida: "¿puede uno ser santo sin Dios?" Razón tenía en afirmar que no es ateo. ¿Puede un ateo plantearse estas preguntas? ...jamás. No, solo que Camus tiene su propia religión, su propio culto, su propio Dios. "Salud, honradez, ternura, tales son los semblantes de la religión de la dicha en Camus" nos dice Moeller y creo que es cierto. Es su propia honradez la que lo hace buscar el bien, la dicha, la hermandad humana, a pesar de todo. "Aceptamos ser criminales para que la tierra se cubra al fin de inocentes... (la misma idea de Sholojov, que veremos en otra ocasión). "De noche, me revuelvo a veces sobre mi jergón de buhonero. Un pensamiento me atormenta: ellos nos han convertido en asesinos. Pero al mismo tiempo, pienso que voy a morir, y entonces mi corazón se tranquiliza... Es decir, yo pagaré la parte de culpa que me corresponde, no quedaré en deuda con la justicia, y solo mi muerte puede justificar otra muerte".

¿No es esta lealtad digna de envidia? No, no hay necesidad de Dios para ser santo. Por lo menos para Camus. El hombre está tan ligado a Dios que aún sin Dios puede ser santo.

"Quién se acostará en el suelo por nosotros?" —se pregunta Camus en *La Chute*, y toda su vida trata de hacerlo por los demás—. Al morir, de la manera más estúpida, dejó una incógnita más. Hasta su muerte tiene un trágico simbolismo que trató de dar una respuesta, tal vez la única respuesta que podía dar, cumpliendo así hasta el fin su misión de filósofo.